



Federico Zurita Hecht
El Asalto al Universo
Santiago: Eloy Ediciones, 2012.

Por Sebastián Pérez Rouliez
Universidad Mayor
seperezro@gmail.com

En momentos de incesante producción de arte obsolecente, de literatura transgénero que vende cuentos como novelas, de escritores dispuestos a usar su vida antes de ficcionar mundos, espacios públicos o contextos; justo en esos momentos donde el espacio político del artista cunde más en las redes sociales de internet que en su propia obra, resulta imperioso analizar y registrar todos aquellos pequeños espacios donde autores levantan ficciones como resistiéndose a morir. Desde este espacio, *El Asalto al Universo* de Federico Zurita Hecht, parece ser un ejercicio en buena dirección para combatir desde la literatura, esa tendencia transnacional de convertir la anécdota personal en novela.

Estructuralmente *El Asalto al Universo* está dividido en once relatos autónomos, pero en ningún caso independientes entre sí. El matiz que hace la diferencia entre autonomía e independencia (relevante para comprender el espacio ideológico de esta novela) puede definirse así: cualquiera de los once relatos –leídos de manera individual– tiene la capacidad de dar cuenta, de manera tangencial o directa, de un acontecimiento particular: la caída de un rayo (el único en 73 años) que mató a un joven estudiante, justo en el momento y en el lugar en que una camioneta atropelló a un niño y chocó contra la pared de una casa donde había cables eléctricos que

iniciaron un incendio que redundó en la muerte de un par de viejos. Sin embargo, ninguno de los relatos puede resolver por sí solo este nudo narrativo pues cada intento abre más interrogantes de las que responde, desperdigando datos incompletos que solo pueden intentar ser comprendidos abordando la totalidad de la obra. Esto significa que *El Asalto al Universo* logra sostener no solo una ficción, sino también un discurso respecto de esa ficción, que no puede ser desarticulado, pues al hacerlo la novela entera se cierra, se niega. No podemos decir lo mismo de ciertas narrativas contemporáneas preferentemente ligadas al posmodernismo (y por consiguiente a la estética dominante) donde obras en apariencia complejas resultan ser ejercicios de abstracción estética, realización personal, acumulación de capital. En definitiva, parafraseando a Ginsberg: obras sin carne, sólo lechuga.

En este sentido, *El Asalto al Universo* cumple con dos objetivos de corte ideológico: el primero, marcar distancia con el discurso hegemónico. El segundo, armar una novela unida pero descentralizada, que “sólo se dice de lo múltiple” (Deleuze y Guattari 163). Dicho de otro modo, la única manera de comprender el todo de esta novela es abordando la multiplicidad de los relatos y no su individualidad. Es desde esta multiplicidad que se conforma una ficción interesante donde no solo se moldean espacios para permitir que la acción transcurra. Estos espacios de tránsito, espacios privados y públicos portan cada uno de ellos una función ideológica clara: hay colegios para ricos y para pobres, hay universidades de primera y segunda categoría (como la Oxford Brookes y la Oxford a secas), hay ciudades pujantes y pueblos olvidados, barrios exclusivos y marginales, edificios con vista preciosa y antros. Hay también piezas de casas acomodadas, camas de motel en el centro de la ciudad, hay camionetas último modelo y hospitales públicos. Así, los ricos viven en exclusivos barrios, y los pobres les trabajan y se devuelven a sus casas. En síntesis: hay gente exitosa adaptada al sistema y fracasados (siguiendo la lógica capitalista).

Con esta perspectiva podemos ver que los personajes también responden ideológicamente: pertenecen a clases sociales y desempeñan roles distintos en torno al poder. ¿Cuál poder? La diferencia en la correlación de fuerzas dada en diferentes aristas: Puerto Azola vs Barrio Sotomayor/ Nana vs Familia Cisneros/ Cajero vs Gerente Técnico, Valerio Lezaeta vs Cirilo Llewellyn. No es una simple diferencia de apreciaciones la forma y los hechos que se relatan en torno a la vida y muerte de Valentina Cisneros. Su ex pareja nos dice en el capítulo “Valentina Cisneros o la desaparición de un cuerpo inundado” (uno de los relatos mejor logrados), que ella es una mujer con el “don” de ser multiorgásmica, que necesita satisfacer sus deseos de correrse varias veces por semana. Más aún, se nos dice que estamos frente a una mujer excedida, que busca colmar su cuerpo de sensaciones y experiencias para no necesitar nunca más nada, como queriendo vencer las reglas del universo. En la segunda perspectiva llamada “La niña de mis ojos o el vacío de valentina” (73), –el relato más logrado desde el punto de vista de cómo armar un discurso de clase– la historia es completamente distinta: la nana de la casa Cisneros da a entender que es la ausencia y la soledad lo

que impulsa a Valentina pues ella es “frígida de punta a cabo”(73), además de haber sido abusada por su tío y tener una “cosita [que] no le funcionaba”(75).

Decía anteriormente que “La niña de mis ojos o el vacío de valentina” es el relato más sólido en términos ideológicos. Es acá donde se devela un personaje que posee un discurso que pasa desde uno simple y cotidiano, a una consciencia de sí respecto al mundo. Dice la nana en los momentos previos a la muerte de Valentina Cisneros: “Antes del fin quise volver a explicarle que peor que caerse es estarse cayendo, que a veces es mejor arrojarse al vacío, pero sé que no escuchó ninguna de mis palabras y ahora que lo pienso bien, tal vez en veinte años jamás memorizó el tono de mi voz” (82).

Coincidente en su clase y en argumentación, es el cajero del supermercado Marshall, José Mariano Christopherson quien, eso sí, a diferencia de la nana de la familia Cisneros, experimenta un viaje de degradación de sus principios rectores, transitando desde una maniqueísta concepción de la justicia, la bondad y el castigo, a la desesperanza. Así en un principio Christopherson es presentado de la siguiente manera: “por mucho tiempo Christopherson fue capaz de afirmar incluso ante la audiencia más escéptica que buenos hechos le sucederían a los hombres que actuaran conforme a la idea de bondad” (48).

Al final de su viaje, y ya mediando el asalto de su ex compañero de colegio que se quedó con el premio histórico de la lotería –que presumimos estaba en el billete robado– se dice de Christopherson: “Desde entonces José Mariano Christopherson siente que peor que morir es estarse muriendo” (54).

Es interesante el trabajo de Zurita Hecht. *El Asalto al Universo* logra instalar una ficción estable, donde son los acontecimientos normales que le suceden a gente común y anónima los que provocan el devenir de la acción, develando sus posiciones frente al mundo. Posiciones totalmente subjetivas, propias de sus condiciones sociales, que no permiten completar la historia pues o se dejan zonas en blanco, o se contraponen versiones frente a un mismo hecho. Así pareciera ser que el propósito del autor es justamente problematizar desde un asunto puramente casual ciertos principios que parecemos aceptar como realidad: la “neutralidad” es un ejemplo.

Referencias

Deleuze, Gilles y Felix Guattari. *Mil Mesetas, Capitalismo y Esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos, 1988. Medio impreso.